

Ser español

JUAN DEL AGUA

El libro de Julián Marías, *Ser español*, en su segunda edición considerablemente aumentada (Planeta, Barcelona, 2000), compuesto de algunos de sus mejores escritos, es uno de los más significativos también. Y no sólo por la preocupación de España que rezuman sus páginas —una constante en toda su obra—, sino porque en pocos se ve con mayor transparencia y relieve su pretensión como pensador, y la conexión entre diferentes épocas de la España moderna a la que está íntimamente ligado.

La identidad de un pueblo o nación para Marías no consiste en unos “caracteres nacionales” permanentes, ni en la mera negación de ellos que los disuelve “en una fluencia temporal”, y

que convierte al hombre en una abstracción inconsistente e ininteligible, baloteada por acontecimientos azarosos y, en última instancia, no menos incomprensibles. La vida humana, recuerda, tanto la personal como la colectiva, consiste en la libre y razonada aceptación de un *proyecto* o ideal de ser que se va realizando con mayor o menor acierto y autenticidad en las *empresas* que nos va proponiendo la circunstancia a lo largo del tiempo. Por eso define “el ser español” como una “instalación histórica” constituida por una pluralidad de trayectorias a continuar o emprender, cuyo grado de justificación y verdad es desvelada por la más honda de las razones humanas: la razón histórica. De ahí que su *España inteligible*, de que este libro es, en parte, preparación y, en

parte, continuación de temas y perspectivas apuntados en aquel, lleve como subtítulo: *Razón histórica de las Españas*.

Libertad, responsabilidad, razón son categorías constitutivas de lo humano y no debe, por tanto, extrañar que el capítulo primero sea un largo texto de autobiografía intelectual: se trata de mostrar la *justificación* de su actitud ante la necesidad en que se encontró de colaborar en la prosecución de la empresa de poner a España de pie, vieja tarea iniciada tras los grandes descalabros del siglo XVII, y tantas veces obstaculizada desde dentro y desde fuera de España, como ocurría cuando emprendió su vida pública de pensador con su *Historia de la Filosofía*, en 1940. Este es el motivo de que califique como su “mundo problemático” el tiempo en que le ha tocado vivir, y de su interés constante por la realidad histórica de España, en la que ha abierto con sus métodos “según la razón histórica”, algunos de sus caminos más transitables.

Marías nos presenta, pues, en este libro ese haz de trayectorias emprendidas desde el siglo XVIII, interrumpidas o quebradas tantas veces, y reemprendidas otras tantas, para restaurar en toda su originalidad y plenitud esa peculiar manera de estar y de ser en el mundo que es “ser español”. Gran parte de los escritos que lo componen están dedicados, por tanto, a esclarecer “la cambiante continuidad de la realidad española, durante toda la Edad Moderna”, a mostrar la permanencia de las pretensiones y de los ideales aun en las circunstancias más aciagas y difíciles. Pues “ser español” “es ante todo habérselas en cada momento con el proyecto de España”. ¿Plesbiscito cotidiano? No exactamente; más bien necesidad de ser fiel a sí mismo y de justificar las empresas en que se va encarnando esa *voluntad de ser*, lo cual no excluye el error ni la ineludible rectificación cuando resulta necesario, pero sí la arbitrariedad, la sinrazón, la tabla rasa caprichosa de todo el pasado. Todo lo

cual implica, en cambio, que se posea realmente el *argumento* y las “peripecias” principales del drama del vivir hispánico —“el sistema histórico de las vicisitudes españolas”— en las que la inconclusa identidad de los españoles se ha ido plasmando. Por eso la falsificación de la historia, denunciada por Marías con la última energía, no es sólo una estulticia malvada, sino un obstáculo infranqueable para dar pasos decisivos hacia delante, y vivir según las exigencias de la realidad y la pauta de los anhelos más íntimos.

El lector deberá leer con particular atención los ensayos dedicados al siglo XVIII, en el que España supo mantener algunos de sus rasgos más originales y fecundos; a algunas figuras importantes del siglo XIX, como Valera, a sus grandes del 98, a Ortega, a la realidad regional de España, a la función de Castilla en la constitución de la nación española, a la belleza de las tierras de España. La contemplación de la asombrosa diversidad de los paisajes españoles, del transparente, punzante lirismo que exalta, resulta ser una propedéutica indispensable para comprender el sentido de la vida española, ya que constituyen el *escenario* en el que ha ido aconteciendo el argumento del drama histórico que tiene lugar en él, además de ser remedio, escribe, “contra la monotonía, la homogeneidad, la depresión, el aburrimiento, la peor amenaza contra la busca de la felicidad en nuestro tiempo”.

Particular atención merece también el capítulo “La literatura como creación de lengua”, tan nuevo y sugestivo. La lengua, esa “interpretación primaria de la realidad”, como la definió hace muchos Marías, y de la que se sirve el escritor para elaborar su obra, se ve enriquecida a su vez por la literatura de creación, por la inventiva del poeta, del novelista, del dramaturgo, que no sólo expresan, cuando tienen talento e intuición creadora, con plenitud sentimientos, ideas y cosas conocidas y comunes, sino sentimientos, ideas, situaciones,

correspondencias entre las cosas nuevas. Al cabo del tiempo pasan al patrimonio general de la lengua, y son el factor esencial contra el desgaste semántico y contra el prosaísmo, tan empobrecedores de la realidad. Este espesor histórico de la lengua española, su propiedad y riqueza de significaciones, ha permitido la rápida emergencia en España de una filosofía nueva en el siglo XX, especialmente adecuada para dar razón del sentido y la trascendencia de lo humano.

Y una y otra vez Cervantes como “clave”, paradigma y “posibilidad” permanente en España, en cuya obra se revela con particular transparencia la hondura y cualidad del proyecto histórico de España. En muy pocas obras, en efecto, se alían con tanta trabazón y armonía “la libertad, el valor, la belleza y el amor”, las cualidades que fundan la verdad de la vida. El largo capítulo “El español Cervantes y la España cervantina” es, en mi opinión, uno de los más bellos y conmovedores textos escritos por Julián Marías, en el que deja traslucir algunas de sus preferencias más íntimas, algo de su ideal más personal. En este largo capítulo, lleno de ternura por el hombre, el autor, y de admiración por la España de su tiempo, Marías nos desvela algunas de las cualidades más relevantes del alma española. Al describir el momento crucial de la vida, la muerte de Cervantes, escribe: “Un hombre que va a morir, que sabe que va a morir muy pronto, y se despide. ¿De qué? De la gracia, el donaire, el regocijo, la amistad; de la palabra, de la conversación. ¿No es esto España? Que piensa, con ilusión, en la otra vida. Cuya última palabra, después de tantos años de infortunios, heridas, cárceles, cautiverio, pobreza y desdén, después de tanto amor, tanta belleza, tanta ilusión fresca y nunca marchita, es ‘contentos’. ¿No es esto España? Nadie tan español como Cervantes”, afirma Marías. Sin duda. Pero el misterio de su temple vital no se deja penetrar fácilmente. “No se puede mirar al sol y a la muerte fijamente”, dice una máxima de La Rochefoucauld, nacido

cuando Cervantes vivía todavía. Pues bien, desde la insólita humildad que brota del que se conoce a sí mismo y de la radical aceptación del destino, Cervantes mira la muerte con actitud sosegada, en radical paz consigo mismo, confiado en la misericordia de Dios, esperanza que tanto le ha sostenido en las tribulaciones de esta vida. Y nos preguntamos de qué virtudes y cualidades humanas está constituido un tal temple; de qué “gravedad”, de qué “holgura”, de qué “sosiego” estaba hecha la vida española del Siglo de Oro. En uno de sus recientes artículos, Marías nos invitaba a indagar la realidad española a través de estas tres palabras, tan llenas de significación y posibilidades humanas, ocultas en parte hoy para nosotros. Indican una singular *instalación* en la vida, son los pilares de una forma de vivir... cuyo argumento es, precisamente, el proyecto histórico o el ideal del hombre español.

El proyecto histórico de España no es “nacionalista”, ni excluyente, es un ideal de perfección al que cada cual debe aspirar sin descanso si quiere en realidad *ser* español. Es un ideal común con los demás pueblos de Occidente, muy difícil y duro de llevar y de encarnarlo cada cual con su propia vida. Como todo lo que tiene que ver con lo más sustantivo del hombre, es algo que no se elige, sino que se acepta. Se elige serle o no fiel. Nace en lo más hondo del alma, lugar al que sólo las razones más radicales del “corazón” tienen acceso. “El proyecto histórico de España nació como una modulación de la gran empresa romana, de la constitución de Rumania”, escribe Marías. Por eso ha sido posible trasplantarlo en otros hemisferios, es inteligible a las demás naciones que comparten las mismas raíces e ideales que España, y es un factor esencial del enriquecimiento mutuo, de paz verdadera y duradera entre ellas. “La articulación del mundo, subraya, depende en lo fundamental de ese sistema de las proyecciones de las diversas fracciones de la humanidad, sobre todo de aquellas que están en presencia y conviven con

mayor o menor intimidad, en un escenario histórico común”. Ser lo que tenemos que ser, lo que somos en potencia al menos, no es sólo una exigencia de plenitud y autenticidad personales, sino un deber moral para con el prójimo. De paso, evitaremos que el mundo se convierta en un hormiguero amorfo, insolidario y sin sentido.